

miro tu generosidad, desfallece mi espíritu á vista de tanta grandeza. Todo procede de Ti, y por lo mismo en todo debes ser alabado.» (Lib. III, cap. XXII.)

Gracias, pues, sean dadas á Dios nuestro Señor, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 2.^a

Para el Domingo XVIII después de Pentecostés.

Sobre el agradecimiento á Dios. (Continuación.)

HERMANOS míos amadísimos: El mayor consuelo que puede experimentar en su corazón un pastor de almas, es ver que sus ovejas permanecen firmes en los caminos del Señor, libres de pastos venenosos y llenas de los dones del Altísimo. Esto debió acontecer al grande Apóstol San Pablo, cuando escribió á los fieles de Corinto la Epístola de este día, diciéndoles: «*Gracias doy incesantemente á mi Dios, por la gracia que os ha sido dada en Jesucristo; pues por El habéis sido enriquecidos en todas las cosas, en toda palabra y en toda ciencia... Dios os confirmará también hasta el fin, para haceros irreprehensibles en el día de la venida de Nuestro Señor Jesucristo.*» (I Corint., I, 4 al 8.)

De igual manera, amados míos, me encuentro yo en el día de hoy; siéntome complacido y gozoso, al ver que vosotros, á lo menos la mayor parte, camináis fieles á Dios, cumpliendo en todo sus divinos Mandamientos, y por ello no ceso de manifestar al Señor mi gratitud, por los inmensos beneficios que os dispensa. Quisiera, pues, que todos, en unión mía, os esmeraseis en cumplir los dulces deberes de la gratitud para con Dios; quisiera que le mostraseis un amor vehemente por las gracias de que os colma; quisiera que de los bienes, y también de los males, hicieseis otros tantos motivos de acción de gracias; quisiera que por vuestro agradecimiento hicieseis subir á Dios, por Jesucristo, todo lo que recibís en nombre de tan divino Mediador; quisiera, en fin, que vuestro espíritu se hallara perfectamente instruido y penetrado de los innumerables y po-

derosos motivos que á todos nos están como obligando á ser agradecidos á las divinas bondades.

Para ello, no os hablaré ya de los beneficios generales de *creación, conservación, Redención, justificación y glorificación*, pues son tan grandes, portentosos y tan sabidos, que basta abrir los ojos del entendimiento, para que nuestro corazón se mueva al amor y nuestra lengua repita una y mil veces: «*Gracias á Dios. Gracias á Dios.*» Os indicaré únicamente algunos otros *motivos particulares* menos considerados, aunque no menos asombrosos y dignos de nuestra continua gratitud. Os mostraré, pues, con brevedad:

- 1.º Algunos motivos particulares de gratitud á Dios.
- 2.º Ejemplos que muestran la necesidad de esta gratitud.

PUNTO 1.º

MOTIVOS PARTICULARES DE GRATITUD Á DIOS

«*Hermanos míos—dijo el Apóstol á los fieles de Corinto—gracias doy incesantemente á mi Dios, por la gracia que os ha sido dada en Jesucristo, pues por El habéis sido enriquecidos en todas las cosas, en toda palabra y en toda ciencia.*» (Versos 4 y 5.) Frases divinas, que son como si San Pablo dijera: «No ceso un momento de dar gracias á Dios, porque, por los méritos de Cristo, os ha colmado de las riquezas espirituales de su divina ciencia y elocuencia, para que creáis todos los misterios de la fe, y habléis de ellos con palabras verdaderamente cristianas. Todo cuanto tenemos lo hemos recibido de Dios mediante Cristo, y por Cristo le hemos de dar las más rendidas gracias.»

Esto, que es un principio inconcuso en la vida espiritual, lo habréis leído muchas veces en ese librito de oro llamado «*Kempis*». Dice así: «Todo lo que tenemos en el alma y en el cuerpo, y cuantas cosas poseemos en lo interior ó en lo exterior, son, Dios mío, beneficios tuyos, y te engrandecen, como bienhechor piadoso y bueno, de quien recibimos todos los bienes. Todo procede de Ti, y por lo mismo, en todo debes ser alabado.» (Lib. III, cap. XXII.) Bien hace Dios dando la gracia de la consolación; pero el hombre hace mal no atribuyéndolo todo á Dios, dándole gracias.» (Lib. II, cap. X.)

Pues bien: sentado este fundamento, ¿qué cosa hay más propia para levantar nuestro espíritu en agradecimiento á Dios, que con-

siderar la multitud y la magnitud de los beneficios que continuamente estamos recibiendo del Señor, aun en cosas al parecer pequeñas?

Basta que en una noche estrellada levantemos los ojos al firmamento y contemplemos esa innumerable falange de bellísimas criaturas que á manera de antorchas refulgentes nos están invitando á que demos gracias al Señor que las crió para nuestro bien. Ellas, con su lenguaje mudo, parecen decirnos: —«Aprended de nosótras cuál es la magnificencia del que nos ha formado, y dadle gracias porque nos ha puesto á vuestro servicio y utilidad particular.» Y como lo mismo que los astros pueden decirnos todos los demás seres de la tierra, de los mares y de todo el universo, cabe en verdad decir, que la creación entera está como dándonos voces para que bendigamos, alabemos, adoremos y demos gracias al Señor Dios de la creación.

«¡Cuántas criaturas—dijo San Bernardo (1)—nos ha dado el Señor para nuestra sustentación! ¡Cuántas para nuestra enseñanza! ¡Cuántas para nuestro consuelo! ¡Cuántas para nuestra corrección! ¡Cuántas para nuestra complacencia!»

«Contempla—dice San Agustín—todo el universo, y considera si hay en él alguna cosa que no te preste sus servicios. Para servirte fueron criados todos los seres, y ellos á ese fin sin cesar se encaminan: unos para satisfacer tu necesidad, otros para tu utilidad, otros para tu deleite. El cielo, la tierra, el aire, los mares y todo cuanto en ellos existe en esto se ejercitan y jamás cesan en su obsequiosa tarea. ¿Puedes tú cesar de levantar tu corazón á Dios y darle gracias? ¿Quién juzgas que las ha criado? ¿Quién les ha dado el precepto de que te sirvan? ¿Recibes el beneficio y no conoces á su Autor? Es verdad que está invisible, pero el beneficio es manifiesto, y tu misma razón te dice, que esos dones no son tuyos, ni te son debidos, sino puro beneficio ajeno.» Dad, pues, cristianos, gracias á Dios, y no olvidéis aquello del Apóstol: «*Dad gracias en todas las cosas.*» (*In omnibus gratias agite.*)

¡Oh, si comprendiéramos el lenguaje mudo de las criaturas! Sobre tres columnas—dijo un discreto—se sustenta el mundo moral: sobre *la ley*, sobre *el culto* sagrado, y sobre *la gratitud* á Dios. La ley es la directriz; el culto, la vida del corazón; la gratitud, deber imperioso que exigen el culto y la ley: las criaturas son pregoneros de Dios, que continuamente nos están diciendo y repitiendo estas tres palabras: «RECIBE, DEVUELVE, HUYE.»

(1) S. Bern., Serm. I, sup. *utilit. ia. a hb*

RECIBE de mí el beneficio, para tu uso. RECIBE de mí, dice el cielo, la luz y el movimiento. RECIBE de mí, dice el fuego, el calor y la agilidad. RECIBE de mí, dice el aire, la respiración y la vida. RECIBE de mí, dice la tierra, la vegetación, el alimento, la sustentación, los metales...

Y la segunda voz es esta: DEVUELVE. Es decir: DEVUELVE el obsequio á Dios tu bienhechor y mi criador. DEVUELVE acciones de gracias á Aquel que me crió para que te sirviera, y puesto que yo siempre me complazco en servirte, complácete tú mucho más en devolverle á Dios tus obsequios, usando siempre de mí para su honor y gloria. DEVUELVELE amor por amor, y muéstrate agradecido á sus amores, no sea que te los retire al verte ingrato. DEVUELVE algo de lo que El te dió, pues todo lo que tú tienes es don suyo, y justo es que se torne á su principio.

Por último, la tercera voz de las criaturas, es esta: «HUYE.» Esto es, HUYE de la nota infamante de la *ingratitude*. HUYE del eterno suplicio preparado para ti si eres ingrato á los beneficios divinos. HUYE de hacer mal uso de mí, porque si así fuere irás, no sólo contra la voluntad de Dios, sino contra ti, y yo y todas las criaturas testificaremos en daño tuyo, cuando el Señor te juzgue por tu ingratitude (1).

Mas dejando aparte el lenguaje de las criaturas, ¿qué diremos de los beneficios particulares, y singularísimos, que á todos y á cada uno nos hace por sí mismo el Criador? ¿Qué diremos de los bienes de naturaleza, hacienda, salud, bienestar, paz, memoria, voluntad, entendimiento?... ¿Y qué de los bienes de gracia, fe, esperanza, caridad, auxilios divinos, virtudes sobrenaturales, buenos ejemplos, buenas compañías, buenas lecturas, dones gratuitos, providencia especial?... ¡Oh! Es cosa de volverse loco de amor.

Pero sobre todo, ¿qué diremos del Padre, que nos dió á su Hijo; del Hijo que se nos dió á sí mismo, y del Espíritu Santo que vino á nosotros enviado del Hijo y del Padre? ¿Qué de la Virgen María, qué de los santos, qué de la Santa Iglesia, qué de los sacramentos, y qué del Sacramento de los sacramentos, la divina *Eucaristía*, en la que se nos da Cristo nuestro Redentor, tal como está en los cielos?

Decidme, hermanos míos, si así nos hallamos favorecidos de Dios, y si nos sobran motivos para vivir siempre llenos de agradecimiento: ¿hay cosa más natural que el Apóstol nos exhorte en

(1) S. Anton., p. II. *Summ. Theol.*, tít. III, cap. IX, § 6.

nuestra Epistola á la gratitud, y que ruegue encarecidamente que *en todas las cosas prósperas ó adversas demos gracias á Dios? (In omnibus gratias agite.)* Esto considérela cada cual dentro de sí mismo, y la respuesta se la dará su propio corazón.

Veamos ahora, aunque sea ligeramente, algunos ejemplos que confirmen la enseñanza que San Pablo nos da, y que á grandes rasgos dejo expuesta.

PUNTO 2.º

EJEMPLOS QUE MUESTRAN LA NECESIDAD DEL AGRADECIMIENTO

El primer ejemplo es *del mismo Dios*, que en varios lugares de las sagradas Escrituras ha manifestado su voluntad de que seamos agradecidos y recordemos de tiempo en tiempo sus admirables beneficios.

¿Qué significa la solemnidad de la Pascua que el Señor mandó celebrar todos los años al pueblo de Israel en memoria del insigne beneficio de haberle libertado de la servidumbre de Faraón, sino la fiesta del agradecimiento?

¿Por qué el mismo pueblo de Israel y su insigne caudillo Moisés entonaron aquel célebre cántico después de haber pasado el Mar Rojo? Por el agradecimiento.

¿Cuál fué la causa de mandar el Señor á Moisés que tomara un vaso del maná y lo conservara en el Tabernáculo para las generaciones por venir? El agradecimiento que éstas debían tener siempre por este beneficio portentoso. ¡Siempre el agradecimiento!

¿Qué fin se propuso el Señor al ordenar la fiesta de Pentecostés, la oblación de los sacrificios y de las primicias y otras solemnidades semejantes que leemos en las sagradas letras? ¡Ah! No otra cosa que inculcar á su pueblo elegido y á las generaciones venideras la hermosa virtud del agradecimiento al Señor.

Dios, pues, quiere que todos seamos agradecidos á sus dones, y este es el ejemplo que nos dan los ángeles y bienaventurados del cielo, cuyo ejercicio continuo es la alabanza y acción de gracias á Dios nuestro Señor, diciendo, como testifica San Juan, aquellas memorables palabras: *«Bendición y caridad, sabiduría y acción de gracias, honor y virtud y fortaleza al Señor Dios nuestro en los siglos de los siglos. Amén.»* (Apocal., VII, 11.)

Y si del ejemplo de Dios y de los santos descendemos al de la Iglesia militante, ¿quién no sabe que el Oficio divino, mandado re-

«citar diariamente por todo el clero regular y por el secular y por multitud de Congregaciones religiosas, tiene por objeto alabar, bendecir y dar gracias á Dios continuamente, terminando cada salmo con este hermoso himno: *«Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo»*, y los capítulos con estas otras dulcísimas palabras: DEO GRATIAS? *¿Gracias á Dios?*

Mas ¿para qué citar ejemplos, cuando sabemos que Cristo nuestro Señor, cuando trataba de hacer alguna grande obra, elevaba primero los ojos al cielo y daba gracias á su Eterno Padre? ¿No obró así en la multiplicación de los panes y los peces, en la resurrección de Lázaro y en la institución de la sagrada Eucaristía? ¿Qué significa la palabra Eucaristía sino *acción de gracias?* ¿Qué hicieron los primeros cristianos, y qué hacemos hoy los que por dicha nuestra no hemos degenerado de ese glorioso título? Cuando entramos en alguna casa ó nos hacemos cristiano saludo, ¿no decimos y repetimos: *Deo gratias?* Antes de levantarnos de la mesa, ¿quién hay que no dé gracias á Dios por el alimento recibido?

Por último, concretándonos á nuestro gran Apóstol, ¿cuáles fueron de continuo sus palabras y cuáles sus encargos á los fieles cristianos? Oigámosle, porque es dulce y consolador su lenguaje piadoso. Dice así:

«Gracias sean dadas á Dios, que siempre nos hace triunfar por Jesucristo.—Gracias á Dios por su inefable don.—Gracias doy incessantemente á mi Dios, por la gracia que os ha sido dada en Cristo nuestro Señor (1).»

Y luego dirigiéndose á los cristianos, les dice: *«Demos gracias siempre y en todas las cosas á Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo.—Todo cuanto hagáis, sea de palabra ó de obra, hacedlo en nombre de Cristo nuestro Señor, dando gracias, por medio de El, á Dios Padre.—No olvidéis la acción de gracias en todas vuestras cosas.—En todo cuanto os suceda, dad gracias á Dios.—In omnibus gratias agite (2).»*

Hermanos míos, esto encarga el glorioso Apóstol y paréceme que no hemos menester enumerar más motivos, ni más ejemplos, para que nuestro corazón, santamente enamorado de nuestro soberano Bienhechor, exclame con David: *«Bendice, oh alma mía, al Señor,*

(1) Deo gratias, qui semper triumphat nos in Christo. (II Corint., II, 14.)—Gratias Deo super inenarrabili dono ejus.—(II Corint., IX, 15.)—(I Corint., I, 4-5.)

(2) Gratias agentes semper pro omnibus in nomine Domini nostri Jesu Christi, Deo et Patri. (Ephes., V, 20.)—Omne quodecumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in nomine Domini nostri Jesu Christi, gratias agentes Deo et Patri per ipsum. (Coloss., III, 7.)—Instate in omni gratiarum actione. (Coloss., IV, 2.)

y no olvides jamás sus beneficios.—¿Qué devolveré yo al Señor por todo lo que me ha dado?—*Quid retribuam Domino, pro omnibus quae retribuit mihi?* (1).

Por tanto, «*Gracias á Dios*» debe ser siempre el afecto piadoso de nuestro corazón: *gracias á Dios*, el pensamiento de nuestra mente: *Gracias á Dios*, las palabras de nuestros labios; y en todas las ocasiones, y tiempos y lugares, debemos decir: «*Gracias á Dios: Gracias á Dios.*»—«*Nada mejor*—dijo San Agustín—puede abrigar nuestra alma; nada mejor puede expresar nuestra lengua, nada mejor puede escribir nuestra pluma, que esta hermosísima frase: GRACIAS Á DIOS. Y cuando esto decimos—añade el Santo—nada hay más breve, nada más gozoso, nada más grande, nada más útil (2).»

Ahora bien. La gratitud nuestra para con Dios, se conoce por los efectos: y estos son: conservar en la memoria los beneficios recibidos; estimarlos, publicarlos, engrandecerlos y alabar, venerar y amar al bienhechor; retornar en cambio lo que alcancen nuestras fuerzas, sobre todo, el ejercicio de la caridad para con nuestros prójimos, considerando que lo hecho por ellos, lo recibe el mismo Dios, como si se hiciera á su misma adorable persona.

El que de esta manera pensare y obrare, tenga por seguro que, como afirma el Apóstol al terminar nuestra Epístola, «*el Señor le ha de conservar en gracia hasta el fin, y cuando venga Jesucristo á juzgarle, le encontrará sin culpa*» y le galardonará con la eterna bienaventuranza de los cielos. Amén.

(1) *Benedic, anima mea, Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus* (Psal. CII, 1-2.)

(2) *Deo gratias quid melius, et animo geramus et ore promamus, et calamo exprimamus quam Deo gratias? Hoc, nec dici brevius, nec audire laetius, nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest.* (S. Agust., Epist. V, ad Marcellinum.)

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo XIX después de Pentecostés.

Sobre la renovación del espíritu.

MADOS hermanos míos: El capítulo IV de la Carta del Apóstol San Pablo á los fieles de Éfeso, de donde está tomada la Epístola de este día, es un compendio maravilloso de la vida espiritual cristiana. En ella encarga el Santo á todos los regenerados con las aguas bautismales que lleven una vida digna de Cristo; que sean en todo *humildes*, sintiendo de sí humildemente, y tratando con humildad á todos sus semejantes: que sean *mansos* y lo muestren en la dulzura y amabilidad con el prójimo: que sean *pacientes*, soportando con amor los defectos, vicios ó inconveniencias de los demás; y sobre todo que sean *caritativos* los unos con los otros para conservar siempre la concordia de los corazones y la unidad del espíritu en vínculo de paz. (Vers. 1 á 6.)

Enseña además el Santo Apóstol que Cristo es cabeza de la Iglesia, que influye en toda ella, porque es su cuerpo místico, y también en cada uno de los fieles, ó sea en cada uno de nosotros, como miembros de la misma Iglesia, es decir, como miembros del mismo Cristo; y por consecuencia, que todos debemos vivir íntimamente unidos á Cristo Jesús, por el hábito de la caridad, y por actos frequentísimos de fe, de esperanza y de amor, de tal suerte que, así unidos, recibamos de Él la luz, el espíritu, la gracia; y que todo cuanto hagamos bueno y piadoso, sea *en Él, y por Él y con Él*; porque es nuestra cabeza, y nuestro corazón, y nuestro vivir es Cristo. (*Mihi vivere Christus est*) (1).

Y por último, comenzando ya la Epístola de la presente Dominica, nos encarga dos cosas: primera, *que nos despojemos del hombre antiguo; segunda, que nos vistamos del hombre nuevo*. Ved aquí sus propias palabras:

(1) Quien desee penetrarse bien de la práctica de esta vida, consulte al P. Bernardo Piconio, sobre este cap. IV, y más extensamente en sus corolarios á los capítulos XV ad Rom.—VIII, IX y XIII, ad Hebreos.